

A R T E

Juan Olivares

La pintura toma el mundo

HUELLAS VISUALES. PILAR PARRA. CONDE DE ARANDA. 2. MADRID. HASTA EL 26 DE OCTUBRE. DE 1.300 A 9.000 €

COMO el mismo Juan Olivares (1973) ha apuntado en repetidas ocasiones, su pintura surge del proceso en que la mirada, engrasada por la emoción simpática, transfiere la realidad exterior, fundamentalmente la realidad cotidiana (que puede superarse urbana) a un rectángulo de papel o lienzo mediante el acto de pintar. El paseante decide representar lo que le ha impresionado. El pintor pasea para encontrar impresiones. Todo tan viejo como la modernidad. Ahora bien, el misterio es cómo organizar esa impresión retiniana en estructura de color, composición y gesto pictóricos, cuál es el mecanismo y cómo funciona.

Sin duda Olivares tiene su propio misterio. Su mecanismo es una doble máquina abstracta. Mientras uno de los cabezales emplea un afilado sentido analítico de la forma y, sobre

todo, la luz, el otro está programado (probablemente al azar) como un instrumento de intensidades, emocional y temperamental, de pulso caprichoso. Así puede entenderse una pintura donde la precisión y el equilibrio (especialmente en la composición y en la equilibrada distribución del color) conviven con el derroche gestual y con un humor siempre presente y casi dadaísta. Algo (que sabe como salvar enormes distancias) recuerda aquí a la pintura del Dalí menos serio.

En esta individual, además, la obra del valenciano se expande fuera del cuadro. Junto a unos lienzos que asumen nuevos retos compositivos y juegos de luces y sombras hasta ahora inéditos, Olivares cede lugar a dos radiaciones producidas por su máquina abstracta. La primera es la incursión en las paredes. Para



HUELLAS VISUALES, 2005

ello sustituye el juego de pinceles y brochas por un lápiz compuesto. La grafía resultante es caótica pero está controlada en ciertos parámetros intuitivos. A la vez, está hecha de temblor y cada centímetro de la línea es a su vez un garabato. Estamos en el reino de la sombra, la oscuridad temblorosa que proyectan los objetos, los seres y las formas, pero esta sombra es ya la de la propia selva pictórica, la de pinceladas y estructuras internas de la obra. Frente a ello encontramos, en suelo o paredes, pie-

zas hechas con madera y goma pintada, que por momentos parecen extraños animales sacados de su pintura y en otros casos, una mera extensión en lo volumétrico del alcance de su pintura.

Sea como sea, la impresión ante estos dos nuevos apéndices de la pintura es que ésta ha saltado por la ventanita del cuadro que era impresión abstracta de realidad y ahora quiere tomar el mundo de lo concreto.

ABEL H. POZUELO